



EX LIBRIS



Miguel Wiñazki

El fuego que
inventó la Patria

MORENO

Capítulo 15

Tu veneno

¿LO ASESINARON O MURIÓ DE MUERTE NATURAL?
En rigor, no faltan argumentos para sostener una cosa y la otra.

Fue el macilento presidente de la Primera Junta quien sostuvo y divulgó su animadversión (¿vengativa?, ¿defensiva?). En una carta fechada el 15 de enero de 1811 Cornelio Saavedra le escribía a su amigo y confidente Feliciano Chiclana, refiriéndose a Moreno: “Este hombre de baja esfera, revolucionario por temperamento y helado hasta el extremo [...] trató de que se me prendiese y aun de que se me asesinase [...]”.²⁹

29. “Para celebrar una victoria militar, el cuartel de los Patricios dio una cena a la que asistió Saavedra con su familia. Durante el banquete, el oficial Atanasio Duarte hizo varios brindis a la salud del presidente de la Junta, llamándolo rey y emperador, y lo coronó con una corona de azúcar que formaba parte del decorado de la mesa. Cuenta Saavedra que esa corona le fue obsequiada a su

“SIN QUE ME DOMINE LA VANIDAD, CREO TENER
ALGÚN VOTO EN SUS FUNCIONES INTELECTUALES;
Y, POR LO CONTRARIO, SI MODERANDO MIS
REFLEXIONES NO MOSTRASE LOS PASOS
VERDADEROS DE LA FELICIDAD, SERÍA UN REO
DIGNO DE LA MAYOR EXECRACIÓN; Y ASÍ NO DEBE
ESCANDALIZAR EL SENTIDO DE MIS VOCES, DE
CORTAR CABEZAS, VERTER SANGRE Y SACRIFICAR
A TODA COSTA, AUN CUANDO TENGAN SEMEJANZA
CON LAS COSTUMBRES DE LOS ANTROPÓFAGOS Y
CARIBES. Y SI NO, ¿POR QUÉ NOS PINTAN A LA
LIBERTAD CIEGA Y ARMADA DE UN PUÑAL?
PORQUE NINGÚN ESTADO ENVEJECIDO O
PROVINCIAS, PUEDEN REGENERARSE NI CORTAR
SUS CORROMPIDOS ABUSOS, SIN VERTER ARROYOS
DE SANGRE”.

Plan revolucionario de operaciones .

Si se parte de ese texto, cabe inferir que Saavedra no tenía dudas y fue él quien decidió entonces devastar a su enemigo. Esa fue, a la vez, la conjetura de Manuel Moreno y la de Guadalupe Cuenca, Lupe, viuda de Mariano. Pero todo resultó más complicado.

Como sugiere el historiador Hugo Raúl Galmarini, la decisión política de la Primera Junta de traficar armas desde Inglaterra hasta el Río de la Plata, a través de un complejo y secreto desvío, edificó el resto de la intriga.

El contrabando de armas y los contrabandistas, el espionaje y los espías y las manchas de sangre de la historia ocuparon el centro de la escena.

Comisionaron entonces a Inglaterra a un ya débil Moreno. En efecto, su cuerpo estaba resentido por las horas, los pesares y las tensiones que lo abrumaron durante su acción política como secretario de la Junta Revolucionaria. El 24 de enero de 1811, a las seis y media de la tarde (nueve días después de la carta de Saavedra a Chiclana), se embarcó en *La Mistletoe* anclada en la Ensenada, acompañado de su hermano Manuel y de su amigo Tomás Guido, más tarde confidente de San Martín, un hombre clave de la logia libertaria, quien ya gestionaba con agentes ingleses y masones su viaje liber-

mujer, quien, a su vez, se la pasó a él. Mariano Moreno no estaba presente porque no se le había permitido entrar al salón. De todos modos, se enteró del brindis de la discordia". José Luis Busaniche: *Historia argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975.

tador al Río de la Plata. En las radas neblinosas, mil ojos saavedristas corroboraban el hecho de la partida. Eran esbirros al servicio de Pedro Medrano, espía y “lobbista” del presidente de la Junta.

Moreno había herido el orgullo de Medrano poco antes. Cuando asumió como secretario de la Junta, le había encomendado la tarea de instruir un sumario a los empleados de las oficinas de rentas reales. El objetivo era agilizar la enquistada morosidad burocrática en esa dependencia. Medrano demoró el sumario y Moreno le envió un escrito reconviniéndolo por la falta. Medrano no olvidó nunca el desaire.

El 25 de enero, los tripulantes trasbordaban hacia la fragata *Fame*, una embarcación de 900 toneladas y 350 tripulantes de bandera inglesa. La misma que envolvería el ataúd de Mariano Moreno, quien murió a los 32 años entre convulsiones y misterios el 4 de marzo a la madrugada, presuntamente de muerte antinatural, envenenado, según su hermano, con una pócima preparada por el enigmático capitán de la fragata, el mismo que le suministró, según Manuel Moreno, una sobredosis letal de un emético, un vomitivo llamado antimonio tartarizado.

A escondidas, el capitán Walter Bathurst le daba más gotas de las habituales para la pócima recomendada y Moreno empeoraba día a día. De hecho (según se desprende de los datos proporcionados por su hermano) los síntomas fueron los de una intoxicación severa. Estuvo tres días agonizando. Sufría vómitos intensos y constantes,

retorcijones y diarrea, temblaba, se convulsionaba y deliraba, con la presión baja al límite del shock. Se arrojaba de su cucheta y se doblaba de dolor en el piso húmedo de la nave.

Bathurst desoía los ruegos de Manuel y de Guido para desembarcar al agónico Mariano en Río de Janeiro. No lo hizo.

De acuerdo con Ricardo Levene, "al comenzar ese incierto año de 1811 para la Revolución, se extendieron las credenciales e instrucciones para la misión diplomática de Moreno, en el Brasil e Inglaterra, manteniendo su carácter de secretario". En rigor y de hecho, había dejado ya la Junta, vencido por Saavedra, los militares que lo sostenían y por los caudillos del interior, que diferían con el "extremismo" de Moreno y, sobre todo, condenaban su indubitable porteñismo. Nació la Junta Grande en aquel año. Los morenistas de Buenos Aires se conjuraban contra Saavedra. "Yo me río de todos ellos", escribió Cornelio Saavedra en esa carta a Feliciano Chiclana.

Saavedra revela en la misma misiva que "Moreno me llamó aparte y me pidió por favor se le mandase de diputado a Londres: se lo ofrecí bajo mi palabra". De acuerdo con Saavedra, Moreno era consciente de que "ya no cabía en Buenos Aires". Levene omite toda referencia al asunto de la compra de armas en Inglaterra.

En Brasil, Moreno habría de negociar con el almirante de las Fuerzas Británicas en Río de Janeiro el apoyo concreto luso-británico al nuevo gobierno de Buenos

Aires, llevaba un salvoconducto en el que se decía que no bajaría a tierra si no obtenía, como cuenta Levene, “garantía segura de la indemnidad y de su persona”.

Según Levene, no fue envenenado. “Su carácter hizo crisis en la hora grave de su caída”. “Pidió irse a Londres con el pretexto de realizar una misión [...] se fue para alejarse del país [...] con un rictus en los labios que más semejaba una mueca; con el corazón empequeñecido [...]. La muerte hizo fácil presa de su quebrantado organismo y pagó su espíritu aquejado de tristeza”.

Levene recuerda que “la opinión pública inglesa de la época —a través de sus periódicos— pronunció juicios elogiosos sobre la personalidad de Moreno”. El *British Review*, en encomiástico artículo publicado³⁰ en 1811, lo llama “The Burke of South America”. Edmund Burke fue el creador, en el siglo xvii, de la definición del periodismo como “Cuarto Poder”.

Lo cierto es que Mariano murió en alta mar y que, según Manuel, “el accidente moral, que cortó esta vida, fue causado por una dosis excesiva de emético (4 gramos de antimonio tartarizado) que le administró el capitán en un vaso de agua, una tarde que lo halló solo y postrado en su gabinete [...]”. Un 5% de esa dosis salvaje ya resulta suficiente para liquidar a un ser humano.

30. Ricardo Levene: *Historia de la nación argentina*.

Moreno murió de madrugada. Su cuerpo yerto fue depositado en una bolsa de lona con una piedra adentro para que por su peso llegara al fondo del mar. Cuatro hombres lo subieron a cubierta después del amanecer en una camilla. Lo envolvieron en una bandera inglesa, lo arrojaron al océano y se dispararon las salvas de fusilería que anunciaron la muerte a las otras fragatas que acompañaban al convoy.

Durante tres días y tres noches los tripulantes cantaron fúnebres canciones en inglés. De inmediato, los morenistas de Buenos Aires eran encarcelados en masa y enviados al presidio de Carmen de Patagones, Domingo French y Antonio Beruti entre ellos. Acusados de fanáticos y sanguinarios, Saavedra los envió al exilio más duro bajo el mote de traidores y dementes políticos. Simultáneamente, uno de los hijos de Cornelio Saavedra viajaba, enviado por su padre, a comprar armas a los Estados Unidos.

El 2 de febrero, en el vestíbulo de su casa, Guadalupe Cuenca encontró una caja negra sin tarjeta. La abrió en el acto, como quien desenmascara el rostro de la fatalidad. Adentro había un abanico, un velo y un par de guantes negros. Ricardo Levene considera que el episodio fue real. "Moreno tenía enemigos de sobra que explican los anónimos de lúgubres presagios que le dirigieron".³¹

31. lb.

Ella, Guadalupe, escribió una carta (entre tantas otras que “nunca llegaron”, según la precisa definición de la compilación que realizó de ellas Enrique Williams Álzaga).

La misiva, fechada el 20 de abril de 1811, era un espejo de su desazón y del sentimiento familiar en relación con la situación política: “Y así, mi querido Moreno, porque Saavedra y los pícaros como él son los que se aprovechan y no la patria, pues lo que vos y los demás patriotas trabajaron está perdido”.³²

Pasó casi un año de su muerte, hasta que su esposa reclamó la pensión correspondiente. “Acabo de perder a mi esposo [...] murió el 4 de marzo en el barco inglés que lo conducía; arrebatado de aquel ardiente entusiasmo que tanto transportaba [sic] por su patria, le prestó los más importantes servicios y corrió toda clase de riesgos: aquí le sacrificó sus talentos, sus tareas, sus comodidades y hasta su reputación; en medio del océano se sacrificó él mismo terminando la carrera de su vida como víctima de la desgracia propia [...]”.³³

“Un hijo tierno de cinco años de edad y su desgraciada viuda imploran los auxilios de la patria, persuadidos que ni esta ni su justo gobierno podrán mostrarse indiferentes a nuestra miseria ni ser insensibles espec-

32. Enrique Williams Álzaga: *Cartas que nunca llegaron*, Buenos Aires, Emecé, 1967.

33. Ib.

tadores de nuestro amargo llanto, y de las ruinas y estragos, comparecemos ante V. E. con el fin de interesarse en nuestro auxilio una moderada pensión de resarcimiento".³⁴

El Primer Triunvirato le otorgó una pensión de 30 pesos mensuales. Guadalupe no se sorprendió por la muerte. Lo lloró toda su vida, pero no descartó jamás la hipótesis del asesinato.

Es que mientras Moreno navegaba a Inglaterra, en Buenos Aires las pasiones hervían. Las clases bajas, la chusma, según la terminología del partido morenista, apoyaban a Saavedra. Y los jóvenes ilustrados que se reunían para discutir sobre Rousseau en el Café de Marco, a Moreno.

Pero en todas partes crepitaban los espías y entonces los conciliábulos de los morenistas llegaban a la velocidad del rayo a los oídos de Saavedra, que no suscribía ni una palabra del *Plan revolucionario de operaciones*.

Saavedra tenía muy presente, además, el espinoso asunto del *Decreto de Supresión de Honores*, surgido cuando Atanasio Duarte, ebrio según los testigos, colocó sobre su cabeza una corona de azúcar, al tiempo que lo llamaba rey y emperador. Aquello desató la inmensa ira moreniana que consideró imperdonable aquella manifestación, prohibiendo de raíz todo ceremonial que

34. lb.

exaltara a un gobernante por encima de cualquier otro mortal. A Atanasio Duarte se le perdonó la vida por el estado de embriaguez en el que se hallaba, pero se lo desterró a perpetuidad "porque un habitante de Buenos Aires ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país". Saavedra firmó de muy mala gana el decreto, tanta como la inquina que empezó a fermentar contra Moreno.

Pero Saavedra se cobraría la embestida del secretario. No eran, sin embargo, solo enconos personales los que nublaban a uno y otro, sino altos y complejos intereses del Estado naciente los que estaban en juego. En el *Plan revolucionario de operaciones*, Moreno enigmáticamente postula "proponerle a Inglaterra un plan secreto". Casi no agrega datos al respecto, excepto unas pocas líneas en las que apunta literalmente que "con reserva y sigilo, se nos franqueen por la Corte de Inglaterra los auxilios de armamentos, por los justos precios, que bajo el respeto de su bandera se conduzcan [...] a los parajes de ultramar donde se les destine".

Las armas escaseaban. "En los últimos días de actuación pública de Mariano Moreno, en noviembre de 1810, se dispone establecer en Tucumán un fábrica de fusiles para abastecer al Ejército Auxiliador del Alto Perú".³⁵ Podrían construirse fábricas, pero no había

35. Julio C. Novayo: *Mariano Moreno. Secretario de Guerra*, Buenos Aires, Cartago, 1984.

municiones para cargar los fusiles. Había en Buenos Aires una Armería Real desvencijada, con cañones, obuses y morteros inservibles. Moreno viajaba a Inglaterra a conseguir esas armas para que, sorteando buques hispanos, llegaran a Buenos Aires. Sería necesario entonces simular otro destino para las municiones y no el que finalmente tendrían. Las armas serían utilizadas para combatir a los españoles. Pero Inglaterra, diplomáticamente, se manifestaba neutral en el conflicto. ¿Cómo podrían llegar esos pertrechos a Buenos Aires, sino de contrabando, eludiendo controles fiscales y aduaneros que delataran la complicidad británica en la guerra de los revolucionarios del Plata contra España?

En septiembre de 1810, la Junta de Buenos Aires había nombrado en Londres a un representante oficial, Manuel Aniceto Padilla, con la misión de tramitar la compra de armas. Padilla tenía un socio político llamado John Curtis, un inglés a la vez relacionado con un general francés llamado Charles Dumouriez, traficante de municiones e intermediario entre la Corona inglesa y los compradores. Cuando Moreno embarcaba hacia Inglaterra, Padilla, Curtis y Dumouriez ya tenían cerrado el negocio. Según Manuel Moreno, Padilla se quedaría con una parte de los dividendos de la compra de armamentos. De hecho, lo acusó formalmente por "sacar partido de las presentes circunstancias, y por recibir de la Corte de Inglaterra una pensión de 300 libras en calidad de espía". Manuel Moreno se amparaba en documenta-

ción interceptada por él mismo y por Tomás Guido. Incriminaron también a Curtis y de hecho acusaron a ambos judicialmente por “espionaje y quebrantadores de la fe pública”. Entre las pruebas adjuntaron una carta que Curtis había acercado a Padilla, un memorando supuestamente emitido por el gobierno argentino donde se afirmaba que “en caso de muerte de Mr. [Mariano] Moreno el contratante [Padilla] se dirija al propio Curtis para la ejecución del negocio”.

Todo fue descrito en un alegato enviado desde Londres a la Junta de Buenos Aires, fechado el 31 de julio de 1811, en el que Manuel Moreno implicaba también al general Dumouriez.

Según esa línea de investigación, ni Dumoriez ni Padilla ni Curtis querían a Mariano Moreno en Londres. Mucho más tarde, el 25 de noviembre de 1815, el saavedrista Pedro Medrano redactaba una absolución pública de Padilla dejando constancia de “su celo, eficacia y exactitud con que este hombre se condujo en el desempeño de su misión en Londres”.

La historia ha pasado, pero los enigmas no. Mariano Moreno yace junto a sus misterios en el más inasible y oscuro enclave del fondo del mar.



- Abascal y Sousa, José Fernando de 94
Acho, Isidro 26
Acuña, Juan Antonio de 27
Alberti, Manuel 18
Álzaga, Martín de 12, 76, 78-82, 84, 85, 95
Ánimas, Fray José de las 84
Azcuénaga, Domingo de 108
- Bathurst, Walter 125
Bayo, Mercedes 11
Belgrano, Manuel 18, 74, 92, 108, 111
Beresford, William Carr 11-14, 102
Beruti, Antonio 13, 102, 128
Bonaparte, Napoleón 14, 78, 111
Burke, Edmund 121
- Cabella y Mesa, Francisco Antonio 107, 108
Castelli, Juan José 13, 14, 18, 28, 99, 108
Chiclana, Feliciano Antonio 18, 80, 94, 122, 124, 126
Chorroarín, Luis José de 108
Cisneros, Baltasar Hidalgo de 25, 58, 59, 72, 74, 76, 81, 82, 88, 97
Condorcanqui, José Gabriel (Túpac Amaru II) 28, 43, 44
Cuenca, María Guadalupe 122, 128
Curtis, John 132, 133
- D'Elio, Antonio 81
Dorrego, Manuel 18
Duarte, Atanasio 130, 134, 139
Dumouriez, Charles 132, 133
- Elorriaga, Gastón 85
Ezquiaga, Miguel de 81
- Fernández, Melchor 56
Fernando IV de Nápoles 42
Filangieri, Gaetano 41-43
Forest, David de 88
Franklin, Benjamín 41
French, Domingo 18, 99, 101, 102, 128
Funes, Gregorio 96
- González, Francisco 11, 12
González Balcarce, Antonio 18, 98, 101
Groussac, Paul 100
Guido, Tomás 18, 124, 125, 132
Gutiérrez de la Concha, Juan 94, 96, 98, 100
- Iriarte, Felipe 30

Índice onomástico

- Jovellanos, Gaspar Melchor de 41, 52, 53
- Katari, Tomás 26, 27, 32
- Larrea, Juan 88, 99
- Letamendi, Antonio de 95
- Liniers, Santiago de 12-14, 74, 76, 78-81, 84, 93-102, 137
- López y Planes, Vicente 94
- Lué y Riega, Benito 56, 57, 80
- Mackinon, Alex 8
- Manrique, Juan del Pino 40
- Martínez de Hoz, José Alfredo 76, 85, 87
- Martínez Fontes, Manuel 12
- Medrano, Mariano 21
- Medrano, Pedro 124, 125, 133
- Mitre, Bartolomé 10, 80, 92
- Monteagudo, Bernardo 18
- Montesquieu, Charles-Louis 14, 41, 42
- Moreno, Manuel 20, 32, 34, 36, 64, 66, 91, 97, 111, 112, 116, 118, 122, 124, 125, 127, 132, 138
- Moreno y Argumosa, Manuel 20, 21, 62, 64, 66
- Nelson, Horace 72
- Orellana, Rodrigo Antonio de 96, 98, 100
- Ortiz de Ocampo, Francisco Antonio 94, 98, 99
- Pack, Denis 12
- Padilla, Manuel Aniceto 12, 13, 111, 132, 133
- Paroissien, James 86, 87
- Paso, Juan José 18
- Popham, Home Riggs 59
- Posadas, Gervasio Antonio de 88
- Pueyrredón, Juan Martín de 18, 86, 87
- Rivadavia, Bernardino 18
- Rodríguez, Martín 92
- Rodríguez Peña, Nicolás 13, 18, 99
- Rodríguez Peña, Saturnino José 12, 13, 99
- Rousseau, Jean Jacques 14, 41-43, 53, 93, 130
- Robespierre, Maximilien de 22

Saavedra, Cornelio 10, 18, 55, 79, 80,
90, 93, 101, 122, 124, 126, 128, 130,
134, 137-139
San Martín, José de 86, 87, 124
Santa Coloma, Gaspar de 76, 85
Sentenach, Felipe 81
Smith, Adam 52, 53
Solórzano, Juan de 36, 37, 39, 40

Terrada, Juan Florencio 86
Toledo, Francisco de 44

Valle, Ana María 18, 66
Vertiz y Salcedo, Juan José de 26, 27,
106, 109
Vieytes, Juan Hipólito 13, 18, 94, 109,
110
Villalba, Victorián de 40-42

Wellesley, Richard 13
Whitelocke, John 12, 13



8. Capítulo 1
INGLESES
16. Capítulo 2
LATÍN Y VIRUELA
24. Capítulo 3
CONTEXTOS
30. Capítulo 4
MECENAS
34. Capítulo 5
LA PLATA
46. Capítulo 6
EL PRIMER MORENO
62. Capítulo 7
TRAVESÍAS
68. Capítulo 8
LA CAJA
72. Capítulo 9
CISNEROS

Índice general

- 76. Capítulo 10
EL GOLPE
- 82. Capítulo 11
EL GIRO COPERNICANO
- 90. Capítulo 12
LA REVOLUCIÓN
- 104. Capítulo 13
GENEALOGÍA DEL PERIODISMO
- 116. Capítulo 14
LA MALDICIÓN:
“VIVA MI PATRIA AUNQUE YO PEREZCA”
- 122. Capítulo 15
TU VENENO

- 134. **Epílogo**
- 140. **Bibliografía**
- 144. **Fuentes documentales**
- 146. **Índice onomástico**